

OPERA MAGNA: EN LOS 90 AÑOS DE DON MIGUEL LEÓN-PORTILLA*

Alejandro González Acosta



penastres años de edad tendría Miguel León-Portilla mientras jugaba en la casa donde había nacido, en la calle Joaquín García Icazbalceta #93, en la colonia San Rafael, por el rumbo de la Ribera de San Cosme, y ya empezaba a hojear los volúmenes de Clavijero, Cortés y Bernal Díaz, cuando Bernardo Ortiz de Montellano publicó en la revista *Contemporáneos* una reseña titulada “Antiguos cantares mexicanos”,¹ la cual iniciaba inquiriendo con leve cautela:

Además del valor documental e histórico –que indudablemente tienen los antiguos cantares mexicanos a pesar de su irremediable impureza de origen en nuestra lengua– ¿representan un valor literario, estimable, para la historia de las letras mexicanas? Es más, ¿contienen algún principio de tradicionalidad para futuros descubrimientos del matiz verdaderamente propio de nuestra literatura popular?²

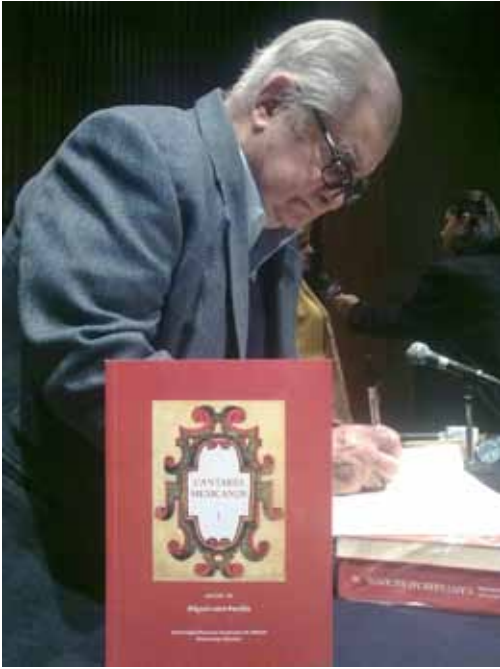
Y agregaba, en esta misma línea de pensamiento y hasta con cierto pudor:

Las exploraciones hasta ahora iniciadas en estas chinampas de los cantares mexicanos corresponden a la investigación, necesaria, de su autenticidad y orígenes interpretándolos como documentos de valor histórico, lejos de su aspecto literario como consecuente espiritual de una cultura que no nos pertenece.³

No dejaba de mencionar algunos escrúpulos de aliento purista:

Los cantos que conocemos proceden de la recopilación de datos que, para conocer historia y costumbres de aquellos pueblos, hicieron, de labios indígenas, los misioneros llegados a la conquistada Tenoxtitlán [*sic*]. Son los principales sesenta y dos del manuscrito de la Biblioteca Nacional y veintidós que figuran en el capítulo I volumen VI del código de fray Bernardino de Sahagún,⁴ el historiador perseguido que en el desorden de las numerosas y varias veces escritas páginas de su obra aportó los más variados e interesantes datos para el conocimiento de la vida y costumbres del pueblo mexicano. Escritos en náhuatl, ya reducido al

*Texto escrito originalmente en conmemoración de los 90 años de Miguel León-Portilla (nacido el 22 de febrero de 1926 y fallecido el 1o. de octubre de 2019), cuya relectura proponemos en memoria de este ilustre investigador de la cultura mexicana.



alfabeto español por los mismos sabios misioneros, los cantares mexicanos son auténticos, pero por su procedencia tradicional exigen minucioso estudio histórico y lingüístico que depure las interpolaciones, intencionadas, de los soldados de Cristo que los escribieron; la época a que cada uno corresponde y la interpretación de sus asociaciones misteriosas, labor erudita y adivinatoria casi imposible hasta hoy.⁵

Creo que la extensa cita se justifica por el hecho de que reseña un hito en el antiguo interés sobre ese documento comentado, al mismo tiempo que ofrece una visión de las motivaciones y preocupaciones que el mismo representaba para esa época de Ortiz de Montellano, muy distinta del México actual. Eran los tiempos cuando el debate sobre el tema nacional se centraba en los orígenes de la literatura popular y tradicional, tomando como referencia principal los estudios, sobre todo para el escenario americano, de los españoles Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal, quienes crearon una

escuela filológica hispana perdurable. La Revolución mexicana había alcanzado para la fecha la necesaria institucionalidad y en una parte del sector intelectual comenzaba la búsqueda de un horizonte más cosmopolita, como era el representado por el grupo reunido alrededor de una revista a la que le dieron su nombre: *Contemporáneos*.

Después, el comentarista mencionaba los esfuerzos anteriores en el rescate y valoración de las producciones de las lenguas indígenas, realizados por José Joaquín Pesado en los “Cantos de Netzahualcóyotl” (apoyado en Chimalpopoca), y la traducción al inglés que Daniel Garrison Brinton hiciera de los “Cantares mexicanos” de la Biblioteca Nacional de México (*Ancient nahuatl poetry*, 1890), más tarde vertidos al español por iniciativa de José María Vigil.⁶ Y reconocía:

Tanto Brinton como Vigil, con viva y singular curiosidad, resumieron las dificultades de interpretación de los cantares mexicanos, en términos de oscuridad por acumulación de brillantes y simbólicas metáforas y el uso de palabras y formas gramaticales inexistentes en la lengua vulgar. Ahora don Mariano Rojas, profesor de lengua náhuatl en el Museo Nacional, tras largos años de amorosa labor, ha terminado la traducción completa, a nuestra lengua, de los manuscritos existentes de cuyas traducciones copiamos –casi literalmente– los poemas inéditos que van a continuación.⁷

Después de mencionar los temas principales de estos poemas, se hacía eco de la reflexión de Miguel Othón de Mendizábal, “original explorador de la historia social de México”, quien había observado “la ausencia de cantos eróticos en esta colección única de los mexicanos en donde nunca aparece el tema amoroso”, y lo acota “¿por faltar en la recopilación o porque no

“
Apenas tres años de edad tendría Miguel León-Portilla mientras jugaba en la casa donde había nacido [...] y ya empezaba a hojear los volúmenes de Clavijero, Cortés y Bernal Díaz
”



Miguel León-Portilla (coord.), *Cantares mexicanos* (edición facsimilar). México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1994. BNM, Fondo Contemporáneo, clasificación G 897.4 CAN.m. Disponible en la Biblioteca Nacional Digital de México [aquí](#).

existió en el espíritu creador?”, pero discrepa del autor citado, quien lo atribuía a una supuesta limitación poética de los creadores y su materia, recordando que estos poemas eran compuestos para acompañar con la música y la danza, como parte de ritos populares y dentro de ceremonias religiosas y guerreras, agregando una interesante suposición:

Podría ser también –aventuremos la hipótesis– un signo del desarrollo literario en que se encontraban porque la poesía erótica, el canto o la queja de enamorado, no prospera en igual proporción que la épica narrativa en los períodos literarios de procedencia popular, lo que se explica por el carácter privado y personal del suceso amoroso, verdadero origen de la poesía culta.⁸

Debe tenerse muy presente la fecha de estas palabras (1929), cuando aún era necesario enfati-

zar y defender la divulgación y enseñanza de la cultura y lengua nahuas, a contrapelo de otras actitudes de índole cosmopolita. El autor resumía así el valor de la edición en su temprana reseña:

La antigua poesía de los mexicanos pertenece pues a una época de formación, primitiva y religiosa, con aspectos de juglaría, conservada tradicionalmente, anónima, por tanto, aun cuando se recuerden los nombres de Netzahualcóyotl –histórico rey– y Quetzalcóatl –creador legendario– símbolos de la sabiduría de los pobladores del Valle de México.

Y culminaba su comentario con la formulación de una interrogante abierta:

En los estudios históricos de nuestra literatura no debe faltar el capítulo dedicado a la literatura in-

dígena –comparada con la hindú por Vigil– quiera por haberse desarrollado al contacto del mismo paisaje y ambiente en que vivimos. ¿Con hilos delgados y profundos, por esta razón de espacio y ritmo geográfico, nuevos investigadores atarán la poesía náhuatl, antigua, no escrita en la lengua que se cantaba, con la posterior poesía española de México?

Este volumen ha tenido en verdad una historia azarosa, de tal suerte que ha sido “descubierto” y “redescubierto” tantas veces, como olvidado o postergado otras tantas por las dificultades que presentaba su estudio. García Icazbalceta, que al parecer pudo verlo en algún momento, lo dio por “perdido”, hasta que José María Vigil lo “descubre” alrededor de 1889, cuando se encontraba a cargo de la Biblioteca Nacional (1880-1909) y habla de que lo halló entre un montón de libros revueltos sin orden alguno, y fue atraído por su enigmática escritura y los dibujos que incluía. Movido por la noticia de Vigil, Antonio Peñafiel realizó la primera reproducción facsimilar del documento (fototípica) en 1904 (Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento de México),¹⁰ y comisionó al profesor tlaxcalteca Mariano Sánchez Santos (yerno de Ignacio Manuel Altamirano) para que preparara una traducción de 25 cantos, y presentara en el XI Congreso Internacional de Americanistas (realizado entonces por primera vez en América, en la Ciudad de México, en 1895), y que fuera posteriormente publicada por Rubén M. Campos en 1936;¹¹ trayectoria que llega hasta el Padre Garibay, quien lo consideró “el documento más importante conservado de los antiguos mexicanos”.

El meritorio Ángel María Garibay Kintana fue el primero en emprender, como empeño solitario, la magna empresa de traducir directamente al español el opúsculo de los *Cantares* (no la totalidad del manuscrito), así como otras piezas de la

tradición poética prehispánica, lo que ofreció en sus tres tomos (el último ya póstumo) de *Poesía náhuatl* correspondientes a los años 1964, 1965 y 1968, para la benemérita colección Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM.

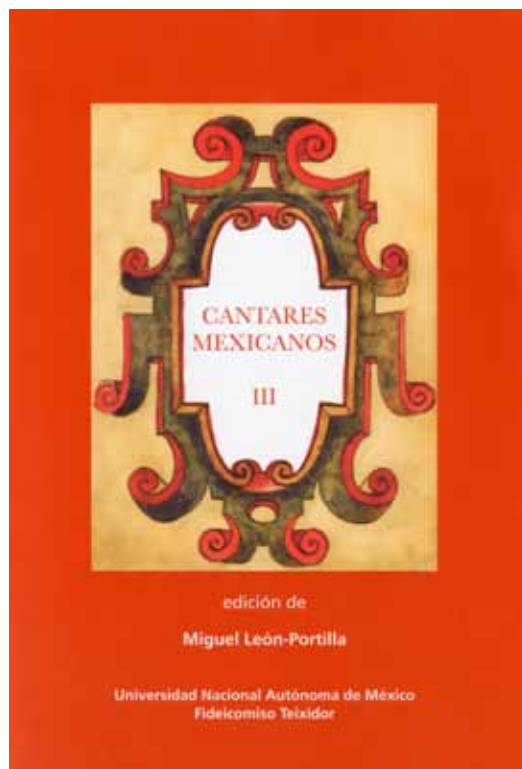
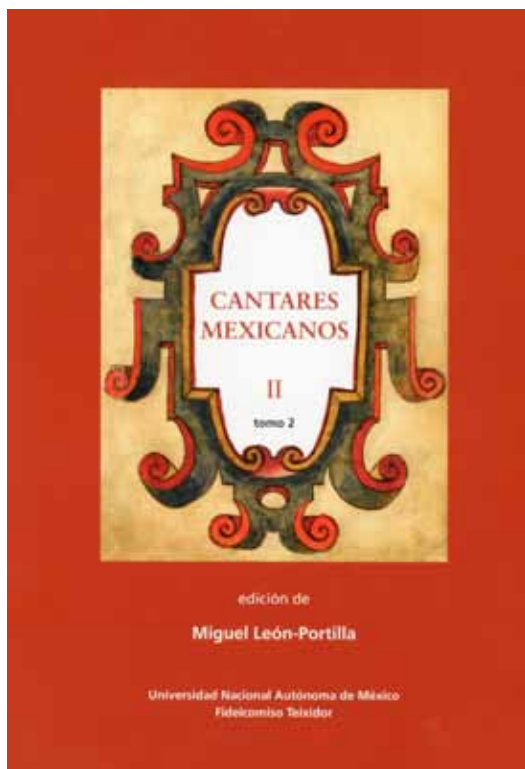
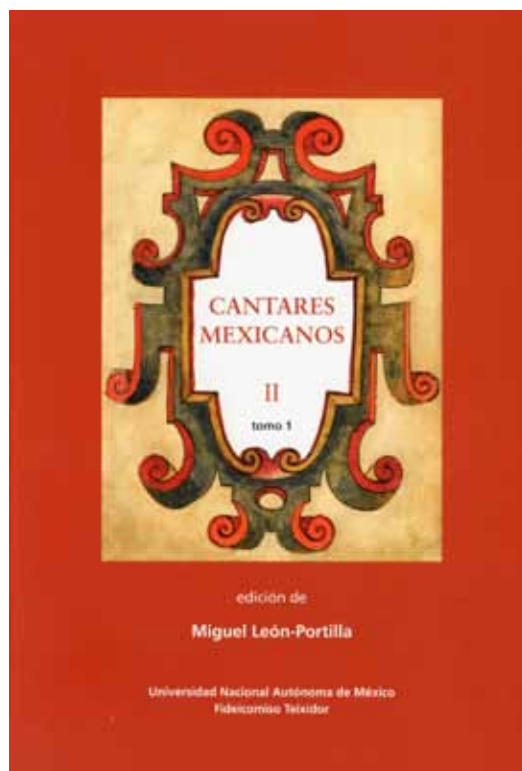
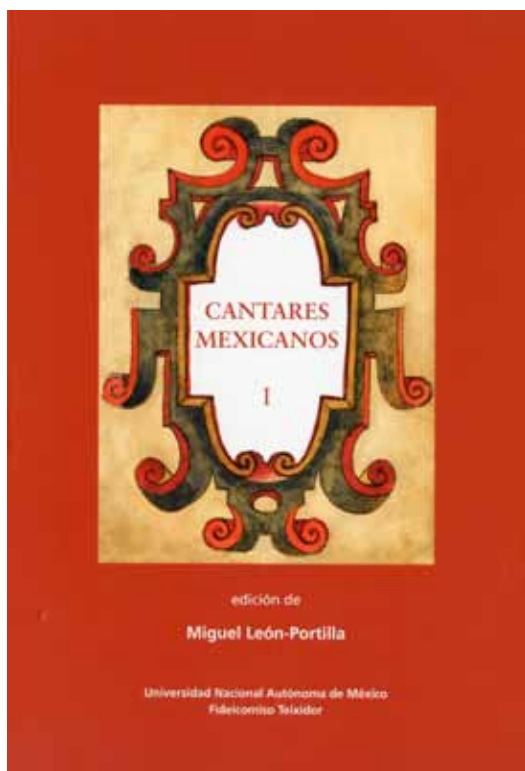
Históricamente, la primera traducción paleográfica total del manuscrito fue al inglés, realizada por John Bierhorst con el título *Cantares mexicanos. Songs of the Aztecs* (Stanford University Press, 1985), que fuera comentada por James Lockhart en 1991 y por el propio León-Portilla en el mismo año.

Retomando el origen de este nuevo empeño para el rescate de la pieza, fue de manera precisa, en 1990, que Guadalupe Curiel Defossé volvió a resucitar este proyecto pendiente desde la época de Garibay (fallecido en 1967), en los tiempos cuando el doctor Ignacio Osorio Romero ocupaba la dirección del Instituto de Investigaciones Bibliográficas (IIB), quien con su sensibilidad e inteligencia concedió de inmediato efusivo calor a la iniciativa, pero lamentablemente al poco tiempo falleció víctima de un accidente cerebrovascular inesperado, y la titularidad del IIB la asumió el doctor José Guadalupe Moreno de Alba, el cual le dio continuidad a ése y otros proyectos iniciados por Osorio, así como su sucesor, el doctor Vicente Quirarte Castañeda. Curiel alertó¹² sobre la ya entonces urgente y perentoria necesidad, y el ineludible compromiso de realizar una edición total y definitiva, multidisciplinaria y colectiva del importante conjunto documental, que aún dormía un sueño muy injusto, y propuso al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) un proyecto argumentado y razonado donde solicitaba los recursos necesarios para el desarrollo y culminación de la magna empresa. Así fueron convocados 11 investigadores (casi tantos como aquellos “doce” evangelizadores

“

El meritorio Ángel María Garibay Kintana fue el primero en emprender, como empeño solitario, la magna empresa de traducir directamente al español el opúsculo de los *Cantares*

”



Miguel León-Portilla (ed.), *Cantares mexicanos I-III*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Históricas-Fideicomiso Teixidor, 2011-2019. BNM, Fondo Contemporáneo, clasificación G 897.452 CAN.m.1-3.

de la época de Sahagún), quienes constituyeron el núcleo inicial del Seminario de Cantares Mexicanos, coordinado por León-Portilla (académicamente) y Curiel Defossé (técnicamente), cuando en 1994 el proyecto rindió su primer fruto: la edición facsimilar total del volumen de los *Cantares mexicanos*.

Un apartado sumamente importante de la edición es el “Estudio codicológico” del manuscrito publicado. En él, Hernández de León-Portilla y Villagómez se sumergen en el examen detallado de todos los elementos físicos, relativos a la materialidad del documento, desde la descripción de la portada, la distribución de las piezas contenidas, la historia del manuscrito, las distintas encuadernaciones que ha tenido, las hipótesis sobre su procedencia, la estructura del conjunto, el tipo (o los tipos) de escritura, la caja –medidas– de cada folio, la tinta empleada, la foliación y el mismo papel empleados, con un puntual e interesante estudio sobre sus marcas de agua y filigranas. Cualquiera que asuma la edición de un manuscrito antiguo agradecerá especialmente este estudio, pues podrá aplicar los lineamientos que aporta en su cometido y resulta verdaderamente modélico.

Estos *Cantares* son la reliquia venerable –posiblemente, la más– de una cultura que lejos de extinguirse, se fundió con otras y perdura actualmente en las más variadas y proteicas formas. Inaugura una tradición escritural que construye uno de los más sólidos muros del complejo y diverso edificio de la nacionalidad. Los hombres crean la cultura, pero la conservan en los libros, que son sus obras superiores, su legado para las generaciones siguientes. Son, por así decirlo, las más efectivas “cápsulas del tiempo” donde transmiten a los sucesores su testimonio del tiempo vivido y de las huellas dejadas durante su tránsito vital.

Los *Cantares* no son piezas de un relicario inaccesible y milagrero, sino que se incrustan profundamente en el retablo nacional como parte de un culto necesario, no estático ni extático, sino dinámico y práctico, y los oficiantes que se mueven alrededor no son sacerdotes de una ceremonia hermética, sino *tlamatinime* generosos para ofrecer sus enseñanzas en la afinación progresiva de un concierto universal, donde como en un canto gregoriano majestuoso y total, las voces se van agregando y enlazando entre ellas sucesiva e interminablemente, diferentes y con sus propios acentos, en un portento polifónico que es la más auténtica expresión de la vida. A los laboriosos especialistas –unos ya idos “al reino donde yacen los muchos” y otros aún con nosotros– que hoy ofrecen en estos volúmenes el resultado de sus años de investigación y sus desvelos, hay que agradecerles la “partitura” transcrita de ese concierto, pues nos permite sumarnos emocionados a esas voces del pasado que adquieren por ello la resonancia de un himno presente.

El cuaderno de manuscritos que actualmente se conserva en la bóveda de seguridad del Fondo Reservado de la BNM al parecer está escrito por varios copistas o amanuenses, y es –como ya señalé– un conjunto de trece piezas encabezados por el opúsculo “Cantares mexicanos” (aunque en su portada quizá dibujada en el siglo XVIII sólo se relacionan nueve), al parecer según las mayores probabilidades y exámenes, fijados en la segunda mitad del siglo XVI en la zona del llamado Valle (más propiamente, Cuenca) de México, de modo más preciso y aproximado alrededor de 1570. Su encuadernación anterior, presumiblemente de finales del siglo XIX procedía quizá de cuando la encontró Vigil, pero fue removida en tiempos recientes cuando se propuso la edición facsimilar (1994), pues su estado reclamaba una urgente intervención. Mas la original, descrita por el mencionado director de

“

Los hombres crean la cultura, pero la conservan en los libros, que son sus obras superiores, su legado para las generaciones siguientes

”

la BNM, parecía corresponder a las que hacían los franciscanos para sus “librerías” (bibliotecas). Quizá la muy rica del Convento Grande de San Francisco (heredero a su vez del fundamental Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, situado en la actual Plaza de las Tres Culturas), ubicado donde hoy se levanta enhiesta la Torre Latinoamericana, al inicio de la calle Francisco I. Madero, antes de Plateros y originalmente de San Francisco o La Profesa, en el primer cuadro de la antigua ciudad.¹³

Un hecho que escapa a los interesados es que estos “cantares” no cuentan con una partitura, aunque en algunos casos resulta muy probable que fueran concebidos para su interpretación cantada y con acompañamiento musical, por lo cual es dable suponer y especular sobre una presumible tonada que los apoyara melódicamente. Si Sahagún fue calificado por León-Portilla como “el primer antropólogo mexicano”, habría que añadir que también fue el Raúl Helmer¹⁴ del siglo XVI, pues igualmente estuvo atento a la música producida por los pobladores originales con los instrumentos que tañían. Sahagún menciona que estos cantos eran una parte sustantiva de los rituales y, por este rasgo, compartiría otro punto más con los cantares de gesta y la oralidad de las canciones caballerescas que preceden al monumento literario del *Poema del Cid Campeador*.

En su Presentación, Curiel Defossé acudía a la elegante imagen clásica del dios bifronte Jano, fundiendo por un lado el aire de la deidad nahua Ehécatl y del otro el viento del europeo Céfito, para simbolizar la condición de este documento de los *Cantares*. En efecto, él mismo tiene y representa una condición dual no sólo histórica y culturalmente, sino además dramática, a mi modo de ver: *Cantares* es en cierta forma el “canto del cisne” de una antigua cultura, la prueba material de un injerto doloroso sin duda, pero

que brindará nuevos frutos, quizá con un sabor agrídulce pero diferente al de sus simientes originales. Entre estos cantos ya se adivinan las voces que después vendrán, de una sor Juana Inés de la Cruz, de un Ramón López Velarde, de un Octavio Paz, de un Jaime Sabines, de un Rubén Bonifaz Nuño. Estos renglones donde el náhuatl se redujo a los caracteres latinos, es un surco donde posteriormente germinarán las semillas de un *Primero sueño*, de “La suave patria”, de “Piedra del sol”, de “Los amorosos”, de “Calacas”.

Tienen un valor arqueológico y antropológico indudable, pues son –hasta ahora– los documentos literarios pensados y sentidos en náhuatl, pero escritos en caracteres latinos, más antiguos. Representan las muestras más remotas de una nueva nacionalidad en proceso de dolorosa y agónica formación: dos identidades sustantivamente diferentes, la europea (española y por tanto, mestiza de origen) con otra americana (igualmente beneficiada por la mezcla y superposición de culturas), expuestas a una violenta reacción de sus componentes que desprende llamas y vapores, como resultado de la alianza estratégica entre los evangelizadores españoles –invasores, pero a la larga también sustentados por su convicción de cumplir una misión divina– y de los tlacuilos aztecas –o sus descendientes– invadidos y derrotados, pero también valientemente empeñados en un propósito de necesaria conciliación de lo propio y lo extraño, lo antiguo y lo nuevo, que se mezclan para crear algo nunca antes visto: una novísima esencia fecundadora, una nueva visión del mundo, ya sin vencidos ni vencedores, fundidos en un propósito de fraternidad, de mutuo reconocimiento. El triste canto del cisne moribundo se convierte así en el acento victorioso del fénix renacido.

Como toda expresión de un esfuerzo sostenido de largo aliento, esta edición es una carrera no de

velocidad, sino de relevos: cada generación de investigadores que en ella figuran con su legado, marca de esta manera un ejemplo señero y admirable para seguir por las nuevas promociones: como nadie es poseedor de la verdad absoluta, el resultado palpable de este empeño demuestra que cada quien en su momento –“el hombre y su circunstancia”, recordando a Ortega y Gasset– despliega su mejor talento y fuerza, y entrega su mayor contribución, que no es definitiva sino provisoria, hasta que un nuevo impulso lo actualiza y moderniza. Lo cierto es que esta ofrenda bibliográfica –para resaltar su significado ritual– es el fruto de lo que los estudiosos realizaron desde el siglo XIX hasta principios del XXI, como muestra de reverente respeto hacia los antepasados del XVI, pero es la base y punto de partida para los que continuarán el camino en las centurias siguientes.

Aunque la utilidad de esta edición, creo, resulta evidente, no puedo menos que esbozarla: no sólo para los filólogos y los historiadores (ya sean generales, o puntualmente dedicados al estudio de la evolución de la lengua y la cultura), sino también para especialistas en ciencias como la física y la química (los soportes de papel y las tintas empleadas todavía indican la necesidad de mayor estudio), y aún como inspiración para artistas de diversos acentos, ya sean literatos, compositores, pintores y otros, es un territorio abierto para la exploración, repleto de motivaciones y sugestivas reflexiones.

Una obra monumental como ésta no concluye en sí misma, sino que se convierte necesariamente en un semillero, pues el esfuerzo desplegado deposita, en las manos de los posibles y numerosos interesados, un abanico de incitaciones para la búsqueda y la indagación, pues una vez desbrozado este sendero antes vedado por múltiples limitaciones, ahora es una vía amplia

y pavimentada para transitar con la patriótica curiosidad de reconocer sus raíces, y continuar analizándola como la fuente de conocimientos que es, y de la cual brotarán, no lo dudo, numerosas tesis donde los nuevos investigadores ejerciten y apliquen su sensibilidad y perspicacia para descubrir nuevos senderos bifurcados que hoy escapan a nosotros. Más que fruto acabado, es un granero de nuevas simientes.

Con esta *opera magna* León-Portilla se acerca así a la culminación de una vida dedicada al estudio de las fuentes originales, y labra un broche de filigrana de oro para orlar una vida dedicada a ese empeño, en unión además de su inseparable “Chonita”, el ángel protector que le enviaron lo mismo la Virgen de Guadalupe extremeña que los *ipalnemoani* nahuas para acompañarlo y apoyarlo, personal y académicamente, en este viaje de vida que señala una parábola ejemplar. Ha logrado, pues, eso que llamamos, como bromeando, “la gloria”. Y lo ha hecho por la virtud del servicio, en la pasión de la entrega, desde el obsequio de una inteligencia generosamente aplicada en el mejoramiento humano, lo cual es, a la larga, el mérito de un auténtico humanista.

La UNAM, cumpliendo un alto deber y hondo compromiso con el país, su historia y su cultura, y aunada con el generoso aporte del meritorio fideicomiso que lleva y lustra el nombre de uno de los más destacados eruditos y bibliófilos asentados en el antiguo solar azteca, como fue don Felipe Teixidor, español de nacimiento y mexicano por elección y pasión, ofrecen a la comunidad el resultado de los dilatados afanes y desvelos de un colectivo de estudiosos consagrados al rescate de uno de los documentos más importantes de la cultura mexicana, por fin al alcance de los interesados, gracias a la visión y el tesón para agruparlos y animarlos de Miguel León-Portilla: otro servicio más, “a la mayor gloria de México”.

“
Una obra
monumental
como esta no
concluye en sí
misma, sino
que se convierte
necesariamente
en un semillero
”

Si en la historia de México hubo al principio del siglo XIX un Miguel ilustre que liberó a los oprimidos y brindó patria y libertad, en el XXI otro Miguel logra con su obra dar lustre a ese mismo solar y nuevos significados a esa antigua pasión; el primero con el sable, el segundo con la pluma, pero ambos con un mismo corazón.

Esta edición de los *Cantares mexicanos* es no sólo un gran regalo a México y al mundo de la cultura náhuatl, sino también un estandarte de la nación y de sus raíces, que hace posible su mejor conocimiento y su más hondo compromiso para continuar un destino milenario.

Notas

- ¹ Bernardo Ortiz de Montellano, “Antiguos cantares mexicanos”, *Contemporáneos*, año 1, núm. 12 (mayo 1929): 100-104. La cita se tomó de Bernardo Ortiz de Montellano, *Obras en prosa*. Recopilación, edición, preliminares, notas e índices de María de Lourdes Franco Bagnouls (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988), 222-224.
- ² *Ibid.*
- ³ *Ibid.*
- ⁴ Ortiz de Montellano informa aquí: “Estos veintidós cantos fueron incluidos en: Rubén M. Campos, *La producción literaria de los aztecas. Compilación de cantos y discursos de los antiguos mexicanos, tomados de viva voz de los conquistadores y dispersos en varios textos de la historia antigua de México*. México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Secretaría de Educación Pública, Departamento de Monumentos, 1936. Los cantos recogidos por Sahagún fueron traducidos al español por Mariano Jacobo Rojas en op. cit., pp. 102-198. (N. de la E.)”. *Ibid.*
- ⁵ *Ibid.*
- ⁶ *Ibid.* Ortiz de Montellano apunta: “Vid. José Joaquín Pesado, *Poesías originales y traducidas*. México, Imprenta de Cumplido, 1839-1840. La Editora señala: ‘Ortiz de Montellano se refiere a: «Cantares mexicanos» publicado originalmente

en la *Revista de Letras y Ciencias*, vol. I, núm. 8 (15 jun. 1889) pp. 361-370 y recogida posteriormente en: *Reseña histórica de la literatura mexicana* (inconclusa). México, s.p.i., 1909”.

- ⁷ *Ibid.* Los poemas traducidos por Mariano Rojas que incluía en el número ya citado de la revista eran: “Aquí comienza el canto de los ahuehuetes para recreación de los soberanos”, “Fragmentos de los famosos y verdaderos cantos que se cantaban en México y en Acolhuan Tlahuapan para recreo de los gobernantes”, “Canto a las aves del señor de Tlacopan”, “Canto del teponaztle”, “Canto a la orfandad” y “Conversación cuexteca”.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, 224.

¹⁰ Nunca he podido ver una edición similar, pero de 1899, que mencionan algunos.

¹¹ Bernardo Ortiz de Montellano, *Obras en prosa*, 224.

¹² Guadalupe Curiel Defossé, “El manuscrito ‘Cantares mexicanos’ y otros opúsculos de la Biblioteca Nacional de México: una tarea pendiente”. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 7 (1995): 71-82.

¹³ Irónicamente, esa vía tan transitada, quizá la más emblemática arteria de la antigua ciudad, recuperó su nombre inicial de Francisco, después de cuatro siglos. Fue “calle, *rue* y *street*” (como dijo el poeta Gutiérrez Nájera) hasta llegar a ser hoy un céntrico y concurrido paseo peatonal.

¹⁴ Musicólogo norteamericano, nacido en Boston, pero que vino a México para emprender investigaciones y resultó prendado del país y sus gentes, de tal suerte que fundó familia y quedó acá, legando al fallecer el archivo musicográfico Raúl Helmer, un importante patrimonio formado por las grabaciones que realizó personalmente por toda la república en las comunidades indígenas, con su pesada grabadora de carretes, a pesar de sus limitaciones físicas, distribuido hoy entre varias colecciones, pero que merece y reclama atención y cuidado que reconozcan su incalculable valor. Durante muchos años realizó un memorable programa de divulgación de la música tradicional indígena mexicana en Radio Universidad, por el que aún se le recuerda.